

cuaderno de ecología política n°

139

Innovación, ecología y democracia: ¿cuál será primera?

Diálogo entre Chantal Jouanno & Pierre Charbonnier

03/07/2025

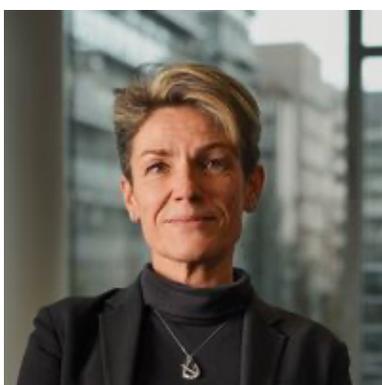


Photo © D. R.

Chantal Jouanno ha sido ministra, senadora y presidenta de la Ademe. Ex-deportista de alto rendimiento, también dirigió la Commission nationale du débat public. Actualmente es directora

ejecutiva de Accenture, con sede en la Académie des technologies y enseña en la maestría en Sciences-Po.



Photo © D. R.

Pierre Charbonnier es investigador en el CNRS y enseña en Sciences-Po. Es el autor de *Abundancia & Libertad Una historia medioambiental de las ideas políticas* (La Découverte, 2020 <trad. al español, Paláu, en proceso>) y acaba de publicar *Vers une écologie de guerre*, igualmente en La Découverte.

¿Son compatibles Ecología y democracia? Es la pregunta que se trató de plantear al constatar hasta qué punto la instalación de infraestructuras como la eólica o la nuclear plantean discusión, y cómo algunas medidas que buscan reducir el impacto carbono del país provocan la ira de los ciudadanos. Para superar estos escollos, es urgente preguntarse sobre quiénes serán los perdedores en la transición ecológica, subrayan Pierre Charbonnier, filósofo y autor de obras importantes sobre la historia medio ambiental de las ideas, y Chantal Jouanno, especialista en la transición ecológica en *Accenture*. Para el primero, entramos en la era de «la ecología de guerra», o dicho de otro modo debemos tener en cuenta las tensiones geopolíticas en torno a la energía para proponer soluciones realistas en materia de medio ambiente. La segunda insiste sobre la capacidad de la democracia para enfrentar estos desafíos, por muy inmensos que sean. Una conversación lúcida y resueltamente girada hacia el futuro.

Conversación tenida con Anne-Sophie Moreau

Este artículo ha sido extraído de la obra Le Sens de la tech 2, publicado el 14 de mayo de 2025 chez Philosophie magazine éditeur. Se encuentra el [sumario](#) y el conjunto de los artículos extraídos de esa obra en el sitio Philonomist. Se puede [encargar el libro aquí!](#)

¿Estamos actualmente a la altura en materia de ecología?

Pierre Charbonnier: Hay un abismo entre el consenso en la definición de los objetivos y el carácter desastroso de las políticas públicas actuales, ya sea a escala nacional o europea. La descarbonización se ha vuelto una cuestión de consumo, pero también de seguridad – lo que yo llamo «[la ecología de guerra](#)» en mi último libro. Y todo el mundo está de acuerdo sobre la línea general. Pero los efectos en cascada de este cambio de paradigma energético son violentos. Hay

planes sociales, el aumento de las facturas energéticas, el sector industrial que es penalizado. Se sigue una pérdida de confianza y una inestabilidad reglamentaria que terminan por ralentizar el proyecto de transformación estructural. Las instalaciones de empresas de energía disminuyen, mientras que las instalaciones de calefacción de gas aumentan, lo que es contrario al sentido de la historia. Hay un consenso sobre la finalidad, pero hay un disenso muy fuerte sobre los medios, los actores, los que pagan, y el calendario. La definición de las finalidades, incluso si ya está ahí, no fue objeto de propaganda política. No fue construida como un objetivo social compartido, como ha podido ser el caso para la modernización agrícola en los años cincuenta-sesenta o la democratización de la instrucción primaria. Hay estudios que muestran que las gentes tienen dificultades en representarse en qué mundo van a vivir en quince-treinta años. ¡Se está en lo duro!

Chantal Jouanno: No estamos a la altura en términos de resultados. A escala de los diferentes continentes, Europa está sobre la buena vía. Es el único continente que ha rebajado sus emisiones de gas de efecto invernadero, en todo caso en el período 1990-2021. Sin embargo, si nos proponemos hablar sobre los objetivos, la manera de alcanzarlos nos divide. Cuando en el 2008 se votó la ley Grenelle sobre las grandes ambiciones medio ambientales, se lo hizo por unanimidad. Por el contrario, la ley sobre los medios para alcanzar dichos objetivos, la hoja de ruta, nos ha dividido profundamente. Las grandes ambiciones son prudentes en acción. Siempre esperé que la ciencia hiciera que se movieran las líneas. Releyendo el primer reporte del [GIEC](#), uno se da cuenta que estamos exactamente sobre sus proyecciones. Pienso que el argumento de la seguridad sería mayor. El Consejo de seguridad de las Naciones unidas está pendiente del tema desde 2007. Pero esto no ha cambiado en nada.

¿Se explica esta inacción por el temor a las caídas sociales de una política de transición ecológica?

P. C.: Hay sectores económicos que perderán en esta transición, como el automóvil y la agricultura, que siguen teniendo siempre acceso al Estado aunque están tecnológica y ecológicamente obsoletos. Esto explica pues la dimensión conflictiva de la transición. ¿Qué se va a hacer con los perdedores de la transición? ¿Se les ofrece una salida o bien se los castiga, además de cerrarlos como lo sugieren los activistas? ¿Se les puede reconvertir sus misiones? Por ejemplo hacer que la extracción de las energías fósiles puedan transformarse en extracción de recursos para la transición, porque de todas maneras ellos terminarán por hacerlo. En Francia se conoce por ejemplo las consecuencias a largo término de los cierres del textil o de las minas. La aceleración artificial de un marchitamiento es poco compatible con las recetas de política económica que predominan en la actualidad.

C. J.: La cuestión económica es central, pero existe sobre todo la cuestión social. El *bonus-malus* sobre los vehículos ha funcionado bien en el sector automovilístico. Se ha estudiado la posibilidad de extender este dispositivo a otros sectores. Pero, aplicado por ejemplo al electrodoméstico, se volvía injusto. Terminaba por concederle una prima a las personas que ya tenían los medios para pagarse un aparato con más prestaciones. Esta injusticia social está en el corazón de la crítica de la prohibición de los vehículos más contaminantes o de los impuestos sobre el diesel. ¿Por qué? Porque no les hemos ofrecido ninguna alternativa a las personas impactadas que ya estaban desfavorecidas. En la conclusión del discurso sobre el Grenelle del medio ambiente, yo propuse la idea de un derecho a la alternativa, de la obligación para el Estado de no dejar a nadie en la sin salida, porque la transición ecológica no debe llevar a más injusticias. Pero el Estado no sabe implementar esos reglamentos que exigen tener en cuenta los casos individuales, una reglamentación en encaje. Entonces ese derecho se quedó en letra muerta.

P. C.: Esto es algo fundamental. El objetivo de la transición le ha sido endosado al Estado luego de 2022. Por el lado de los hogares, nos hemos dicho: si es el Estado el que lo propone, pues que entonces sea el Estado el que lo organice. Una gran parte de las esferas militantes sobre el clima han supuesto que, dado que los ricos emiten más que los pobres, sería suficiente con que ellos pagaran más y así compensaran por los pobres para resolver el problema. Pero estudios más finos muestran que es preciso tener en cuenta no solamente las emisiones sino también la dependencia con ellas.



Chantal Jouanno © D. R.

¿Quiénes serán los perdedores de la transición ecológica?

P. C.: Un hogar modesto de clase media emite menos que los ricos, pero la proporción de sus ingresos gastados en energía o en carburante es muy elevada. Son los chalecos amarillos. Si nos quedamos en un modelo de gravamen estandarizado, la carga reposa en sus espaldas. Comprar un vehículo reciente o eléctrico está fuera de sus posibilidades, como instalar un calefactor eléctrico; no pueden asumir el costo de entrada en el modo de vida bajo en carbono. Y además no tienen ganas de renunciar a dimensiones simbólicas, como el consumo de carne. Es fácil salir de la dependencia para los que toman jets privados cada media hora. Es suficiente con prohibir o diferirlo en cuotas. Pero por el lado de los hogares modestos, la solución no puede ser solamente reglamentaria: se necesitan dispositivos fiscales, que el Estado se encargue.

Numerosos estudios actuales muestran un alineamiento entre la dimensión económica y social de la transición y las polarizaciones ideológicas. El electorado de Trump en los EE. UU., es el venido de la erosión del orden fósil, los muy ricos que habían invertido dinero en las minas de carbón, y la vulnerable clase media blanca amenazada por los cierres industriales y la competencia. Y en el medio está la clase media superior, diplomada y urbana, mucho más favorable a los cambios de sociedad, especialmente en materia ecológica, pero no tanto por virtud como porque se lo puede permitir.

C. J.: La realidad es que la transición se producirá de todas formas y ella será injusta. El discurso de la ecología ha adoptado hoy las expresiones de la guerra. Dejamos de estar en la lógica de lo deseable para entrar en la de la coerción. En *Accenture*, hemos realizado un estudio para comprender la falta de apoyo de las medidas ecológicas más allá de un núcleo hiperconvencido. La conclusión propone cambiar el discurso mesiánico sobre el mandamiento de que debe ser *sostenible* haciendo la *sustainability* algo más humano. Hay que hacer entrar la problemática de la *sustainability* en las dimensiones de la familia, de la salud, del colectivo, en todo lo que constituye sentido para cada individuo.

P. C.: Incluso si el consenso científico se alcanzó mucho más temprano, esto no ha cambiado el hecho de que las infraestructuras fósiles <minas y pozos> están ahí, instalados, con inversiones hechas a largo plazo. En la actualidad tenemos que cerrar esas infraestructuras y desplegar allí otras. Puede ser que esto llegue a generar empleo o crecimiento, incluso si el crecimiento ya no es verdaderamente una preocupación actual. El problema radica en que esta sustitución redistribuye las cartas sociales de una manera muy profunda. Los estudios muestran que los beneficiarios de esta transición habitan en las grandes metrópolis, son las gentes diplomadas, los ingenieros y los que deciden. Mientras que la periferias, ya afectadas por la desindustrialización, padecen un doble golpe, pues además cargan con los daños medioambientales, como las inundaciones o los incendios forestales. En muchos dominios, la transformación será más profunda

que después de la Segunda Guerra mundial. Con el agravante que no se podrá apoyar en las ganancias de productividad como en aquella época. Si se quiere una agricultura más sostenible hay que aceptar probablemente las bajas de rendimiento.

Según el historiador Jean-Baptiste Fressoz, nos estamos engañando al hablar de «transición energética», o dicho de otro modo: imaginando que se puede reemplazar una energía por otra...

P. C.: No es este el sentido de la transición. Los historiadores saben desde tiempos que las energías no se suceden las unas a las otras. «Transición» para mí quiere decir cambio de estructura productiva, de empleo, y cambio en la naturaleza de los intereses sectoriales que logran acceder al Estado. En los años cincuenta, fue la Renault y la idea de que el automóvil iba a cambiarlo todo. Hoy, deben ser otras empresas e intereses sociales distintos.

C. J.: El término “transición” es reciente en política, él tranquiliza al suponer que se trata de una evolución natural. Pero la realidad es que sólo la coerción reglamentaria hace que se muevan las líneas. Ella explica el avance de Europa.

Pero además hay todo un debate en torno a la aceptabilidad de algunas tecnologías, ya se trate de la eoliana o de la nuclear...

C. J.: En la [Commission nationale du débat public](#), hemos organizado centenares de debates públicos y concertaciones sobre los grandes proyectos que tiene un impacto en el medio ambiente, por ejemplo los parques solares, nucleares, etc. Muchas son las conclusiones recurrentes: los proyectos que fracasan son los que no tienen en cuenta la dimensión del territorio; la apropiación del espacio en detrimento del patrimonio histórico o cultural local es vivido como una orden venida de París; y entonces la ecología se vuelve un argumento importante de la resistencia. Pero hay que comprender que el argumento ecológico bien puede justificar el apoyo como la oposición a un proyecto. Un parque eólica es bueno para el clima pero nocivo para la biodiversidad. Y no me gusta ese término “aceptabilidad” que supone que se desea hacer pasar a la fuerza un proyecto. Debatir esos proyectos es una obligación democrática, una obligación fundamental si tenemos en cuenta la inmensidad de las decisiones que tenemos que tomar. Lo que exacerba la crítica no es el debate público sino la negativa a tomar en consideración sus conclusiones por parte de los decididores.

P. C.: Y este debate va para largo. Actualmente estoy escribiendo un libro sobre esta cuestión de la divergencia entre los asuntos climático y medio ambiental. Muy a menudo es algo convergente. Pero las energías renovables, por ejemplo, ocupan más espacio que las energías fósiles. Entramos en conflictos de

uso de los suelos entre la alimentación, la energía, el patrimonio, la biodiversidad, etc. Puede ser que encontremos un punto de equilibrio óptimo en el agrovoltalismo a la sombra, por ejemplo. Para la eólica en el mar, si el proyecto es bien pensado veremos que nos hay impacto negativo serio sobre la biodiversidad marina o aviar. Las reacciones negativas son generalmente de orde estético.

Pero hay otro punto importante: hace algún tiempo, [François Ruffin se felicitaba de acoger eólicas](#) en los Hauts-de-France al mismo tiempo de que se quejaba de que no producían empleos. Ahora bien: necesitamos que también haya aspectos beneficos para la gente que les pusieron las eólicas ante sus ventanas. Porque es muy fácil estar a favor de ellas, ¡cuando se vive en las ciudades! Se podría pensar en una rebaja en la factura de la electricidad para los que tienen una eólica cerca de su casa. Me parece lo más lógico.

En *Abundancia y Libertad*, Pierre Charbonnier, Ud. explica el vínculo histórico entre la abundancia de la época moderna y los valores fundamentales democráticos, como la libertad. ¿Qué tenemos potencialmente que perder en la transición ecológica?

P. C.: Pues la abundancia..., pues ella es el resultado de multiplicar la cantidad de recursos y de energía movilizada por nuestras infraestructuras, al mismo tiempo que lo hacemos casi imperceptible o invisible. Apretamos un botón y la luz se enciende, el agua corre... La abundancia es esa forma de la evidencia <"lo más natural del mundo">. Hoy los ecologistas estiman que la abundancia es nefasta porque alienta el hiperconsumo, etc. Esta no es mi posición. Estamos en una sociedad moderna y técnica, no vamos a retroceder. Por lo demás el empuje del Sur global va en este sentido. En revancha, sí tenemos que tomar consciencia del coste de este modo de vida. La cuestión que se le plantea a cada uno como ciudadano (vía nuestras escogencias políticas), como trabajador (con un oficio más o menos benéfico para el planeta) y como consumidor (destino en vacaciones, alimentación bio o no, etc.). Cualquiera de nosotros se puede encontrar en importantes contradicciones en estos tres planos. Por ejemplo, se coge el bus y uno separa los desechos, pero en vacaciones nos vamos a Guadalupe. Soy el típico ejemplo: vivo en un apartamento bien aislado y tomo el metro métro, pero también me subo a un avión para ir a ver a mis colegas en New York o en Chicago... Según los trabajos de mis colegas sociólogos existen cuatro perfiles: 1/ los ecolos coherentes que tienen pequeñas huellas de carbono, 2/ los ecolos incoherentes que producen grandes huellas, 3/ los antiecolos que tienen grandes huellas –estos son coherentes, pero en el mal sentido–, y 4/ finalmente los que son sobrios pero... por necesidad. Los dispositivos reglamentarios deben articularse de manera diferenciada para estos diferentes grupos. Es lo que llamamos el encaje político.

C. J.: Cuando las grandes transiciones son impuestas por medio de una lógica del mercado que es invisible, sin responsable identificado, o cuando ellas resulta de las consecuencias mismas de los cambios climáticos, son aceptadas. Por el contrario, desde que sean impuestas por reglamentos y políticas, es más difícil. Es un tema que no ha encontrado su legitimidad política. Tenemos pues necesidad de una nueva visión política, capaz de responder al encaje de las situaciones individuales. Es lo que le ha faltado a las políticas públicas. Pero el político ¿se paga con el eslogan! El Estado francés <y Colombiano> se funda en el derecho romano, el de las leyes generales. No sabemos hacer ¿encaje! Es una sin salida intelectual. Por ejemplo, la nueva palabra-valija de la política energética es la «sobriedad». Habría que reducir de aquí al 2050 un 40% de nuestro consumo energético. ¿Sabemos conciliar sobriedad energética y crecimiento económico? Históricamente, no conozco ningún ejemplo positivo. ¿Cómo orientarlo industria por industria, categoría social por categoría social? ¿Cómo vamos a evitar que la sobriedad no sea sinónimo de pobreza agravada?

P. C.: El paralelo histórico es importante. El proceso de modernización industrial después de la Segunda Guerra mundial ha hecho muchos daños, principalmente soportados por la clase obrera. Pero se lo aceptaba a nombre de un mejor porvenir. El sociólogo Robert Castel explica que la idea de que nuestros hijos iba a vivir mejor que nosotros era uno de los principales motores de la movilización de la clase obrera. Era una lógica de guerra: morir por algo más grande. Actualmente esto nos parece loco. Difícilmente los políticos pueden decir: «Soportemos riesgos a nombre de algo más grande». Se lo ha visto con la guerra en Ucrania. Sin embargo se trata de un mecanismo político importante que requerimos reactivar. Es la tesis que defiendo en mi libro sobre la ecología de guerra.

¿Qué entiende Ud. por «ecología de guerra»?

P. C.: Hubo un largo período histórico (1945-2022) durante el cual defendimos la multiplicación de los medios energéticos para garantizar la seguridad de los Estados. Se buscó aliviar las tensiones geopolíticas creando para ello grandes estructuras inter-estatales de interdependencia energética. Nord Stream, el gasoducto entre Rusia y Europa, es el símbolo de ese suave comercio energético. Hoy ya no podemos contar con él. Putin nos ha mostrado que se trataba de un error. ¿Cómo recrear infraestructuras de seguridad sostenibles? La libertad y la seguridad sólo existen con la condición de tener infraestructuras ¿sustentables! En caso contrario sólo son ideas. Uno no es libre sin metro, sin agua, sin electricidad. Ya no se está seguro cuando nuestro sistema de producción energética depende de potencias hostiles. De acá en adelante hay una convergencia entre los imperativos de seguridad y de sostenibilidad. La cuestión climática aparentemente se ha redefinido por un imperativo exógeno: proteger el

frente oriental de la UE. Se trata de matar dos pájaros de un solo tiro: limitar la potencia de Rusia al mismo tiempo que se descarboniza.

¿Será necesario entonces tener un discurso marcial sobre la ecología?

P. C.: Pienso que en nuestro contexto, que es un tiempo de guerra, es menester llegar lo más pronto posible a una consenso tecnológico sobre la transición. Sobre la sustitución, la eficacia, la sobriedad, sin conflicto entre estas tres dimensiones. Mientras estemos empantanados en debates sobre los beneficios reales de la eólica o de la solar, sobre lo que tenemos que hacer con nuestros espacios agrícolas o marítimos... no se aborda el terreno de la justicia social.

¿y esto implica salir del debate entre tecnosolucionistas y decrecientistas?

P. C.: Sí, porque este es un mal debate. No se está construyendo una red eléctrica renovable ni se está haciendo agricultura de precisión con *low-tech*, ¡así no marchan las cosas! Y por el otro lado, el modelo Musk tampoco marcha: ese termina en ideologías reaccionarias. Hay que encontrar una posición de equilibrio. Todas las tecnologías necesarias para la transición no tienen que ver con la innovación... Una bici, ¡es *low-tech*! En revancha, una infraestructura de alta gama necesita tecnología de punta. Estoy afanado con que lleguemos a ese consenso para finalmente hacer un debate social sobre la transición. Para nosotros se trata del modelo de aterrizaje, pero para la India o para Brasil, es su modelo de desarrollo. Y ellos no pueden esperar cincuenta años.

¿Por qué la tecnología es esencial para hacer avanzar la causa ecológica?

C. J.: Cuando yo la presidía, la *Ademe* preconizaba 50% de tecnología y 50% de societal. Es un tanto básico, pero eficaz. No se puede actuar ¡sin las tecnologías! Pero dos anotaciones: para ser eficaces, las tecnologías suponen siempre evoluciones de comportamiento. Se conoce el efecto rebote en la renovación de los edificios. Segunda anotación: toda escogencia tecnológica comporta una elección política, por tanto hay que introducir bajo una forma u otra un tiempo de debate democrático. En conclusión, no hay tecnología buena o mala por esencia, todo depende de lo que se hace con ella, de la intención que se tenga.

P. C.: Pero sí existen tecnologías ¡intrínsecamente malas! La bomba atómica, por ejemplo...

¿Es la IA una oportunidad o una amenaza para la ecología?

C. J.: Nos encanta meternos miedo con las tecnologías. La IA es genial en tanto que puede mejorar la capacidad para tomar decisiones. ¿Por qué? Porque se tiene un máximo de datos para tomar decisiones. Tomemos una empresa que

quiera que sus productos sean 100% vegetales, con materias primas vegetales, incluidos los packagings, y contribuir así a su objetivo de descarbonación. Si el análisis técnico se lo hace con tablas de Excel, se requerirán diez años para lograrlo. Con IA, bastan tres meses. La IA puede ser un superacelerador. La que cuenta es la intención que se tiene. Por supuesto que no todo es color de rosa...

P. C.: Porque no hay que olvidar que esto consume mucha energía...

C. J.: Y mucha agua..., Ud. tiene razón. Otro ejemplo en el que la IA puede ser eficaz: el derecho a la información. Es la primera fuente de controversia, por ejemplo sobre los riesgos nucleares o los OGM. La IA puede ayudarnos a reunir una información pluralista y contradictoria. Puede ayudarnos a detectar contextos de desinformación y de *deepfake*. Apenas si estamos en las primicias de esos usos positivos para la sociedad, pues la verdad es que invertimos todavía muy poco en este dominio.

P. C.: Exactamente. Pero no solamente no se trata de un uso mayoritario sino el imaginario social asociado a la IA. Porque el de la IA, es básicamente un imaginario de super-aceleración como de desconexión de los estreñimientos físicos y ecológicos. Para Musk, Tesla, X, Space X, es asunto de utilizar recursos fósiles para hacer decolar una industria de la información y de la electricidad que es el futuro. La mayor parte de los ecologistas dicen que se trata de la guerra entre el imaginario futurista de la IA y el de la sostenibilidad. Y esto también me parece un poco caricaturesco. Por mi lado, yo utilizo la IA en mis investigaciones... como un asistente. Por lo demás, las primeras aplicaciones del *big data* vinieron de las ciencias del clima. Eso permitía hacer rodar enormes algoritmos con una cantidad monumental de datos.



Pierre Charbonnier © D. R.

¿Será que el desarrollo tecnológico puede ser objeto de un verdadero debate democrático?

C. J.: La [convención de Aarhus](#) es un texto negociado en 1998 que establece los criterios democráticos necesarios para el lanzamiento de proyectos medio ambientales. No es suficiente con reunirse de vez en cuando para elegir sus representantes: se precisa que los ciudadanos puedan expresarse sobre la oportunidad de tal o cual proyecto lo más temprano posible. Se necesita que ellos puedan contribuir a aclarar las decisiones. Pero esto es algo que todavía no está en la cultura de los ingenieros y de los políticos. Tomemos el ejemplo de la nuclear: en Francia, esos proyectos son presentados por escuelas de ingenieros muy poderosas, nacidas de un sistema de formación que separa las ciencias duras de las otras. Ahora bien apenas se les comienza a explicar a los ingenieros de Puentes como de Minas que sus grandes proyectos no deben estar por fuera del suelo, que ellos deben tener en cuenta los territorios, los públicos impactados. Tenemos que tener más ambición democrática.

P. C.: Esto es algo muy francés. Me ha tocado discutir de estas cuestiones con colegas norteamericanos implicados en los planes de Biden como el IRA. Ellos me decían que yo tenía la suerte de contar con los grandes cuerpos del Estado y de un Estado planificador que, a sus ojos, detentan un verdadero poder en Francia... Pero yo les decía todo el tiempo que esto no es forzosamente cierto. Actualmente, los grandes reportes sobre la transición vienen de empresas de consultoría como Capgemini o McKinsey. El sector privado se posesiona como una fuente de experticia, especialmente Veolia o Total. Claro que también existen agencias públicas: la *Ademe* es un organismo increíblemente útil y virtuoso pero con frecuencia víctima de los recortes presupuestarios, porque precisamente es un contra-poder. También hubo un alto-comisariado para el Plan. Se multiplican las instituciones a veces hasta la redundancia. Imagino que le es difícil al Elyseo o a Matignon saber cuál referencial de acción escoger.

¿Hay alguna incompatibilidad entre nuestro enfoque de la democracia participativa contemporánea y un desarrollo eficaz de las infraestructuras?

C. J.: En *Accenture*, nosotros no tomamos posición sobre la estrategia del Estado. Lo que me interesan son la hoja de ruta, y el éxito gracias a las empresas. Se consideró excesivamente que el entorno era un tema apolítico, consensual. Ahora bien, hay decisiones difíciles de tomar, escogencias que hay que zanjar. Lo que he aprendido de los grandes proyectos es que ellos no mueren a causa del debate público, sino más bien de la ausencia de decisiones. Actualmente, las buenas hojas de ruta se orientan hacia lógicas asociativas, de trabajo colectivo. En France como en otras partes, los proyectos de infraestructuras obligan a un trabajo entre los poderes públicos y las grandes empresas, pero también entre las grandes y las pequeñas empresas. La noción de asociación, que se había perdido, regresa

como indispensable. Localmente, el Estado es cada vez más débil. Pero también hay un estrato extremadamente débil de empresas intermediarias. Ahora bien, necesitamos ese estrato de empresas medias. El conjunto de la estructura debe reencontrar sus marcas. Tuvimos demasiados gobiernos que sólo deseaban centralizar.

¿Será que estamos obligados a pasar a una especie de «dictadura verde» para acelerar la transición? Algunos subrayan ya la velocidad con la que China construye centrales nucleares...

C. J.: No, ¡nada de eso! Cuando Ud. observa las cifras se da cuenta que es en los países democráticos donde las cosas van más rápido. Somos el contra-ejemplo de esta afirmación. Despolitizar un tema como el medio ambiente, es peligroso. En mi libro *2037, le choix des possibles*, me planteé esta pregunta: con todas las tecnologías disponibles actuales, si nos pusiéramos a imaginar una sociedad ideal para el 2037 que fuera 100% ecológico o sustentable, ¿qué sería? Pues entonces me detuve porque me di cuenta que estaba describiendo un sistema superautoritario. No encontré la solución. Pero sigo convencida de la superioridad de la democracia.

P. C.: Es un asunto complicado. Se disocia de manera artificial la democracia y la autoridad. La democracia es el ejercicio justo de la autoridad, no la renuncia a la autoridad. En el pasado France supo planificar. Había que colocar rieles para tener carbón, para abrir fábricas, para que la gente tuviera trabajo. Luego se crearon escuelas y grandes cuerpos para dirigir el todo. Hoy se dice que la transición arriesga con ser autoritaria. El problema es que se piensa que tomar decisiones resueltas es autoritarismo. Pero ¡no lo es! Es el fundamento mismo de la democracia. El autoritarismo chino es la vigilancia digital en la calle, el crédito social, el encarcelamiento arbitrario, el partido único. Y esto no tiene nada que ver con que se determine voluntariamente su destino y su organización interna. Es cierto que hay organizaciones políticas muy autoritarias, pero hay otras que lo son menos. Las más democráticas, como en Europa, tiene retrasos y problemas. Pero no por ser demasiado democráticas, es porque las formas de democracia que han echado raíces en ella son tributarias de sectores industriales obsoletos y polucionadores, cuyos intereses penetran hasta el corazón del Estado. ¡Difícil desalojarlos! Pero si la UE tomase decisiones estructuradoras sobre la energía, sobre el empleo, sobre la reorganización regional o el financiamiento de algunos sectores críticos, esto no sería antidemocrático...: sería simplemente político.

Traducido por Luis-Alfonso Paláu, Envigado, co, julio 17 de 2025



Crédit : © D. R.